

## Jesús poderoso en obras (Mt 8-9)

### II. Comentario

José L. Sicre

En el número anterior traté brevemente el tema de los milagros, como preparación para comprender mejor estos capítulos. Ahora podemos pasar a su lectura. Para aprovechar bien los comentarios que ofrezco es esencial tener delante el texto del evangelio y leer cada pasaje previamente. Ya que Mt, en algunos episodios, sigue casi literalmente al evangelio de Mc, pero introduciendo pequeñas modificaciones (supresiones o añadidos) muy significativas; las indicaré en algunos casos. Pero sin convertir la exposición en un comentario técnico.

#### Visión de conjunto de Mt 8-9

Quien se imagina a un evangelista sentado tranquilamente a su mesa, escribiendo lo que le dicta el Espíritu Santo, nunca valorará el espléndido trabajo realizado por Mt en estos capítulos. Lo importante no es sólo contar cosas sobre Jesús, sino *cómo* contarlas, cómo ir relacionando los diversos episodios. No se trata de presentar cuadros sueltos de la vida de Jesús, sino de ir creando secuencias cinematográficas que den la impresión de un drama que avanza. Para ello, Mt dispone de tres recursos: progreso temporal, progreso local (cambios de sitio) y progreso teológico (descubrimiento creciente de la persona de Jesús). Donde ha puesto el énfasis ha sido en lo local y en lo teológico.

*Progreso temporal.* Las indicaciones son muy escuetas e incluso se prestan a confusión. Después del Sermón de Monte, Jesús se dirige a Cafarnaún, y come en casa de Pedro. El lector puede suponer que se trata de la comida del mediodía. Todo lo anterior (curación del leproso, del criado del capitán, de la suegra de Pedro) ha ocurrido por la mañana. «Al anochecer» (8,16) le llevan endemoniados, y los cura. El viaje a la otra orilla se supone que es de noche, ya que Jesús se queda dormido en la barca. Unos episodios más tarde, se dice que

Jesús está comiendo con recaudadores y descreídos (9,11). Todo lo ocurrido en Mt 8-9 podría limitarse a dos días. Pero Mt no insiste en el progreso temporal. Su única indicación exacta es: «al anochecer» (8,16). El pasar por alto las indicaciones temporales pienso que tiene doble justificación. Por una parte, insistir en ellas habría planteado serios problemas al evangelista; son muy pocos los datos de que dispone para rellenar unos dos años de actividad pública de Jesús. Por otra parte, el carácter «atemporal» que ha dado a la época de la actividad de Jesús contrasta con la secuencia temporal minuciosa de la Pasión. El lector debe percibir la diferencia entre algo que ocurrió en un momento histórico muy concreto (la Pasión) y la actividad anterior de Jesús, que supera las barreras del tiempo y sigue siendo actual.

*Progreso local.* Mt ha dedicado más interés a este aspecto, organizando su relato en tres secciones. En la primera (8,1-17), Jesús vuelve del monte, donde ha pronunciado su discurso, a Cafarnaún. En este camino de vuelta, *al bajar del monte* cura a un leproso; *al entrar en Cafarnaún*, cura al criado del capitán; *en casa de Pedro*, a la suegra. En la segunda sección (8,18-34) tiene lugar un viaje de ida y vuelta a la otra orilla. Antes de partir, *en esta orilla*, ocurren dos casos de seguimiento; *durante el viaje*, calma la tempestad; *en la otra orilla*, la expulsión de los demonios gadarenos. La tercera sección se desarrolla toda en Cafarnaún (9,1-34). Las dos primeras escenas ocurren *en la calle* (curación del parálítico y vocación de Mateo); las dos siguientes, *dentro de casa*, durante la comida (pregunta de los fariseos y de los discípulos de Juan Bautista); mientras come, se presenta un personaje a decirle que su hija ha muerto, y *de camino* hacia la casa cura a la hemorroisa; después de resucitar a la niña, «*cuando salió de allí*», lo siguen dos ciegos, a los que cura «*al llegar a la casa*» (se supone la de Pedro), y allí mismo cura a un mudo, terminando con esto la sección.

*Progreso teológico.* Los capítulos 8-9 significarán para el lector un conocimiento mucho más profundo de la persona de Jesús. Este progreso teológico lo relaciona Mt con el progreso local. La primera sección (del monte a la casa de Pedro) nos pondrá en contacto con un *Jesús cada vez más volcado en los enfermos*, que carga con el dolor humano (8,1-17). La segunda sección (viaje de ida y vuelta) ofrece en cambio una imagen muy distinta de Jesús: no es el personaje bondadoso y cercano, sino *el Señor distante, soberano*, que impone grandes exigencias a sus discípulos y manifiesta su poder sobre la naturaleza y los demonios (8,18-34). En la tercera sección (en Cafarnaún), predomina la imagen del *Jesús polémico*, a quien le gusta provocar a los escribas, a los fariseos, a los discípulos de Juan, a los que lloran a la niña muerta, y que terminará creando división entre sus partidarios y los fariseos. Pero, al mismo tiempo, será *también el Jesús cercano a los pecadores y a los enfermos* (9,1-34). El lector, al mismo tiempo que conoce a Jesús de forma cada vez más profunda,

irá encontrando distintos modelos de reacción ante él, sintiéndose invitado a tomar postura. De acuerdo con lo anterior, el esquema de Mt 8-9 sería el siguiente:

**I. Del monte hasta el atardecer (8,1-17)**

1. Al bajar del monte: curación de un leproso
2. En Cafarnaún: el criado del capitán
3. En casa de Pedro: curación de la suegra

**II. El viaje a la otra orilla (8,18-34)**

1. La decisión de salir. Dos casos de seguimiento.
2. Mitad del viaje. La tempestad calmada. ¿Quién será éste?
3. En la otra orilla. Curación de los endemoniados gadarenos.

**III. Enfrentamientos y milagros «en su ciudad» (9,1-34)**

1. Curación del paralítico: enfrentamiento con los escribas sobre el perdón de los pecados.
2. Vocación de Mateo: enfrentamiento con los fariseos porque come con pecadores.
3. Los discípulos no ayudan: enfrentamiento con los de Juan.
4. El personaje importante y la hemorroisa.
5. Dos ciegos.
6. Curación de un mudo y división de opiniones.

**I. Del monte al atardecer (8,1-17)**

Como hemos dicho, el primer bloque ha sido elaborado por Mt de acuerdo con una progresión local: al bajar del monte (v.1) – a la entrada de Cafarnaún (v.5) – en casa de Pedro (v.14). Contiene cuatro relatos de milagros: un leproso, un paralítico (el criado del capitán), una persona con fiebre (la suegra de Pedro) y muchos endemoniados. La cita final de Isaías 53,5 es capital para entender el sentido de toda la sección.

**1. El leproso (8,2-4).**

«La lepra, en el sentido moderno, no fue definida hasta el año 1872 por el médico noruego A. Hansen. En tiempos antiguos se aplicaba la palabra «lepra» a otras enfermedades, v.g. a enfermedades psicógenas de la piel»<sup>1</sup>.

En Lv 13 se tratan las diversas enfermedades de la piel: inflamaciones, erupciones, manchas, afección cutánea, úlcera, quemaduras, afecciones en la

---

<sup>1</sup> J. Jeremias, *Teología del Nuevo Testamento*, 115, nota 36.

cabeza o la barba (sarna), leucodermia, alopecia. Se van examinando los diversos casos, viendo si la persona es pura o impura (caso curable o incurable). «El que ha sido declarado enfermo de afección cutánea andará harapiento y despeinado, con la barba tapada y gritando: ¡Impuro! ¡Impuro! Mientras le dura la afección seguirá impuro. Vivirá apartado y tendrá su morada fuera del campamento» (Lv 13,45-46).

Si el enfermo llega a curarse de su enfermedad, tiene lugar el siguiente rito: Se presenta ante el sacerdote, éste lo examina fuera del campamento y comprueba si realmente se ha curado. Después el sacerdote manda traer dos aves puras, vivas, ramas de cedro, púrpura escarlata e hisopo. «El sacerdote mandará degollar una de las aves en una vasija de loza sobre agua corriente. Después tomará el ave viva, las ramas de cedro, la púrpura escarlata y el hisopo, y los mojará, también el ave viva, en la sangre del ave degollada sobre agua corriente. Salpicará siete veces al que se está purificando de la afección, y lo declarará puro. El ave viva la soltará después en el campo. El purificando lavará sus vestidos, se afeitará completamente, se bañará y quedará puro. Después de esto podrá entrar en el campamento. Pero durante siete días se quedará fuera de su tienda. El séptimo día se rapará la cabeza, se afeitará la barba, las cejas, todo el pelo, lavará sus vestidos, se bañará y quedará puro. El octavo día tomará dos corderos sin defecto, una cordera añal sin defecto, doce litros de flor de harina de ofrenda, amasada con aceite y un cuarto de litro de aceite» [sigue el ritual del día octavo y último] (Lv 14,1-32, distinguiendo ricos y pobres).

El milagro de curar a un leproso sólo se cuenta en el AT de Moisés (Nm 12,10ss) y de Eliseo (2 Re 5). Es interesante recordar estos relatos para compararlos con el de Mt.

María y Aarón murmuran de Moisés, no se sabe exactamente por qué motivo: al principio, parece que es porque se ha casado con una mujer cusita; luego, porque reivindican la misma autoridad que Moisés. En cualquier hipótesis, Dios castiga a María (no a Aarón). «Al apartarse la nube de la tienda, María tenía toda la piel descolorida como nieve». Aarón se da cuenta, intercede por ella ante Moisés, y Moisés suplica a Dios: «Por favor, cúrala». El Señor accede, pero con la condición de que permanezca siete días fuera del campamento (Nm 12).

El caso de Eliseo es más entretenido y dramático (2 Re 5). Naamán contrae la lepra. El rey de Siria lo manda a Israel. Eliseo ni siquiera sale a su encuentro. Manda a un criado a decirle que se lave siete veces en el Jordán.

El relato de Mt se basa en Mc 1,40-45, pero introduce modificaciones muy interesantes. Consta de tres elementos: petición del leproso (v.2); reacción de Jesús (v.3); advertencia (v.4). Mt omite la reacción final del leproso, que divulga

la noticia por todas partes y provoca una avalancha de gente en torno a Jesús (Mc 1,45).

*Petición del leproso.* Cuando Mc la cuenta, dice que el protagonista se acercó a Jesús y le dijo: «Si quieres, puedes curarme». Mt, con dos breves añadidos, da un enfoque distinto al personaje. Su relato dice así: «Se le acercó un leproso, y *puesto de rodillas* le dijo: *Señor*, si quieres puedes limpiarme». El leproso, antes de pedir nada, adora a Jesús, como los Magos en el relato de la infancia (se usa el mismo verbo). Y su petición la introduce con la fórmula de respeto: «Señor». En esta actitud reverente del leproso, Mt está ofreciendo un modelo para el cristiano que se acerca a Jesús. Pero, además de la reverencia, está la profunda fe en el poder de Jesús, como ya indicaba el texto de Mc.

*Reacción de Jesús* (v.3). Mc dice que Jesús, ante la petición del leproso, se sintió conmovido. Mt omite este dato, porque su imagen de Jesús es generalmente grandiosa, casi hierática, y no le gusta hablar de sus sentimientos. Para Mt, lo esencial de Jesús es su poder. Por eso, a diferencia de Moisés y de Eliseo, Jesús no necesita pedir la intervención de Dios, ni recurre a medios especiales. «Extendió la mano y lo tocó diciendo: ¡Quiero, queda limpio!» Su palabra no sólo es poderosa para enseñar, sino también para curar. Pero Mt, tan sobrio, no ha querido omitir el detalle de Jesús tocando al leproso, hecho que se presta a muchas interpretaciones: Jesús no teme tocarlo, porque la enfermedad no puede afectarle; Jesús lo toca en señal de afecto y cariño (en esta línea iría Mc); Jesús lo toca porque, en las curaciones, generalmente usa un recurso sensible.

*Advertencia* (v.4). Aparentemente, el relato termina con dos órdenes al recién curado. La primera, que no se lo diga a nadie; la segunda, que se presente al sacerdote. La segunda es clara, ya que el sacerdote era el que daba el «certificado de pureza» para poder vivir de nuevo en la ciudad. Sin embargo, la primera orden (no decirlo a nadie), resulta extraña; Jesús no pretende pasar desapercibido, y el evangelio de Mt no tiene esa preocupación tan clara por el secreto mesiánico que encontramos en el de Mc. Por consiguiente, lo más probable es que, en Mt, las dos órdenes estén muy relacionadas entre sí, formando una sola: «no te entretengas en decírselo a nadie, sino ve al sacerdote...» Al final del verso puede haber un tinte polémico en las palabras: «para que *les* conste». Se pasa del singular (el sacerdote) al plural (*les* conste), como si Jesús pensase en todos sus adversarios que no lo aceptan.

## 2. El criado del capitán (8,5-13)

Este milagro, que falta en Mc, es el único en que coinciden Mt, Lc y Jn, pero con diferencias muy notables: en el caso de Jn se trata de un hijo, en el de Mt y Lc de un criado (*pais, doulos*). La reacción de Jesús también es muy distinta

en Jn y Mt/Lc. Lo mismo ocurre con la enseñanza. Pero no nos perderemos en comparaciones.

Herodes Antipas, tetrarca de Galilea y Perea en tiempos de Jesús (4 a.C. – 39 d.C.), tenía el derecho de leva; como las poblaciones autóctonas le eran hostiles, solía reclutar sus tropas en las regiones del Líbano. Cafarnaún tenía una guarnición y era un importante puesto de aduanas. El capitán es pagano, pero no se dice que sea romano, ni se habla de su bondad y su benevolencia para con los judíos (como hace Lucas).

Es un caso muy humano el que presenta Mt con toda brevedad. Un capitán, con un criado que sufre terriblemente de parálisis. No se desentiende del caso. Acude a Jesús. No le pide nada, sólo le cuenta el caso. Jesús accede enseguida, a pesar de que, como judío, no debe entrar en casa de un pagano. («Sabéis que a un judío le está prohibido tener trato con extranjeros o entrar en su casa: Hechos 10,28). El capitán parece conocer esa norma, pero no le preocupa, dada la confianza que tiene en el poder de Jesús. En cierto modo, este relato empalma con el de la adoración de los magos. El pagano refleja más fe que el judío.

La fuerza de las palabras del capitán radica en que no concibe a Jesús con el simple poder de curar, sino como señor absoluto, con dominio sobre la vida y la muerte, la salud y la enfermedad. A diferencia del leproso, que sólo confiesa la capacidad de Jesús de curarlo de su lepra, el capitán confiesa que ese poder se extiende a todos los hombres, y que a Jesús le resulta tan fácil ejercerlo como a él dar una orden a un subordinado. Es una manera evidente de confesar la autoridad y el poder divinos de Jesús.

Ante esta confesión, Jesús reacciona asombrándose. Mt, que elimina gustoso las referencias a los sentimientos de Jesús, subraya aquí este dato, que pone de relieve la gran fe del capitán. Y Jesús la alaba con unas palabras no exentas de polémica («os aseguro que en ningún israelita he encontrado tanta fe»), que anticipan el elogio posterior a la mujer cananea («hija, grande es tu fe»). Los paganos, siguiendo el ejemplo de los Magos, anteceden con mucho a los judíos en la fe. El mismo Jesús se encarga de reforzar esta idea en sus palabras posteriores, que anuncian lo que ocurrirá en las primeras comunidades cristianas.

Todo esto ha sido un inciso, capital, sin duda, para Mt. El relato termina brevemente con una nueva enseñanza. Jesús dice al capitán: «que te ocurra como has creído». Curiosamente, no dice: «que le ocurra (al criado) lo que has pedido». En cierto modo, estas palabras subrayan el profundo afecto entre el capitán y su criado; lo que es bueno para el enfermo es bueno para su amo. Pero es más interesante advertir la importancia que se concede a la fe del capitán; es ella la que realiza el proceso de curación, como si el poder de Jesús quedase en

segundo término. Al terminar diciendo que «el criado quedó curado en aquel momento», el relato confirma la hondura de aquella fe en el poder de Jesús.

### 3. La suegra de Pedro y otras curaciones (8,14-17)

Mt, que se inspira en Mc, introduce un cambio interesante. Según Mc, la suegra está enferma, y los presentes le piden a Jesús que la cure. Mt suprime la intercesión. Jesús, en cuanto entra en la casa, advierte que la suegra está con fiebre, le toca la mano y la cura. Basta tocarla (no tiene que «agarrarla de la mano para levantarla», como dice Mc) para que el milagro se realice. El poder de Jesús queda expresado de forma sublime.

En estos tres milagros se advierte una progresión. En el primer caso, el mismo enfermo se sitúa ante Jesús y le pide ser curado; en el segundo, la súplica la realiza un intermediario; en el tercero, nadie pide a Jesús que cure a la suegra de Pedro, él mismo toma la iniciativa. Hay como un acercamiento progresivo de Jesús al enfermo, que explica el acercamiento de los enfermos a Jesús.

Por eso encaja muy bien como resumen de todo el bloque lo que se dicen en 8,16-17. Está inspirado en Mc 1,32-34<sup>2</sup>. Pero Mt ha puesto su toque personal. La curación de enfermos y expulsión de espíritus no es sólo una muestra de su poder. Lo principal es que Jesús está cumpliendo lo anunciado en el Antiguo Testamento, es el personaje que «tomó nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades» (Is 53,4). El sentido inmediato es que Jesús considera el sufrimiento humano como algo propio, con lo que se identifica y que intenta solucionar. Pero el texto de Isaías dice mucho más a un conocedor del Antiguo Testamento, porque identifica a Jesús con un personaje que carga no sólo con el dolor y la enfermedad del pueblo, sino también con sus pecados; precisamente por eso lo desprecian, condenan y asesinan. Pero termina triunfando. Desde ahora, Mt está insinuando cuál será el destino de Jesús.

## II. El viaje a la otra orilla (8,18-34)

El segundo bloque gira en torno a tres acontecimientos ocurridos con motivo de un viaje de Jesús a la otra orilla (v.18.28; 9,1).

### 1. Dos casos de seguimiento (8,18-22)

Agobiado por la multitud, Jesús decide marchar al otro lado del lago. Aunque resulte extraño, Mt lo presenta como si todo ocurriese esa misma noche. Así

---

<sup>2</sup> Mt omite detalles secundarios: "al ponerse el sol"; "toda la población se agolpaba a la puerta", y también la referencia al secreto mesiánico ("no toleraba que los demonios hablasen, porque sabían quién era").

adquiere más fuerza la alusión a no tener dónde reclinar la cabeza y al sueño de Jesús en la barca. La decisión de partir la utiliza Mt para introducir el tema del seguimiento de Jesús en dos casos concretos.

En el caso del escriba (8,19-20), Jesús parece desanimarlo, subrayando su pobreza y vida dura. No imagine que va ser a un seguimiento fácil, coronado por el éxito humano. En el caso del discípulo (8,21-22), la exigencia de Jesús parece casi inhumana. Y, desde un punto de vista histórico, extraña mucho toda la escena. La costumbre judía era enterrar al difunto inmediatamente después de muerto (Hech 5,6.7; 8,2); ¿qué hace el discípulo en la playa en vez de estar en su casa? Por otra parte, la marcha de Jesús a la otra orilla es algo transitorio (9,1); ¿a qué vienen esas prisas del discípulo, como si no fuese a volver a ver a Jesús en toda su vida? En realidad, creo que no se trata de un episodio histórico, sino de un relato que nos indica la importancia del seguimiento de Jesús. Para entenderlo adecuadamente hay que compararlo con el de la vocación de Eliseo (1 Re 19,19-21). Cuando Elías lo llama, Eliseo pide permiso para despedirse de sus padres, y el maestro le permite ofrecer un sacrificio y organizar un banquete de despedida. Las cosas importantes de la vida diaria son compatibles con el seguimiento de Elías. Pero aquí, dice Mt, hay alguien mucho más importante que Elías. El discípulo pide permiso para cumplir una obligación esencial; no pretende dar un banquete, sino enterrar a un muerto. Ni siquiera eso se le concede. «Sígueme, y deja a los muertos que entierren a sus muertos». Aunque la frase suena a proverbial, y no podemos interpretarla al pie de la letra (lo que ha hecho que se cometan auténticas atrocidades en nombre del evangelio), hay que respetarla en toda su dureza. El discípulo de Jesús debe romper con todas las trabas afectivas que le impiden dedicarse por completo a su misión. Para él, los otros miembros de la familia deben estar tan muertos como el padre difunto.

Muchas veces se comenta que estas dos personas no siguieron a Jesús. Mt no dice nada de eso. Por otra parte, esa cuestión es secundaria. Lo importante de los relatos de vocación y de seguimiento es que son relatos de «revelación» de Jesús, nos ayudan a conocerlo mejor<sup>3</sup>. Hasta ahora, la actividad pública de Jesús puede haber suscitado la idea de un paseo triunfal. Llama a cuatro muchachos, y lo siguen renunciando a todo. Cura a las multitudes y consigue que gran cantidad de gente se interese por él. Propone su mensaje religioso en el Sermón del Monte, y la multitud queda admirada y entusiasmada. Las siguientes curaciones demuestran la fe profunda de algunas personas y el éxito con los

---

<sup>3</sup> Esto queda perfectamente claro en Jn 1,35-51, donde se cuenta la vocación de los primeros discípulos. Cada uno de ellos, al acercarse a Jesús o ser llamado por él, nos ofrece un aspecto complementario de su persona: "Cordero de Dios", "Mesías", "aquel de quien escribió Moisés en la Ley y los Profetas", "Hijo de Dios, Rey de Israel".



enfermos. Ahora, en este anochecer, cuando está a punto de marchar a la otra orilla, Jesús comienza a desvelar el aspecto trágico, duro, de su vida. No tiene nada. Ni siquiera lo imprescindible, un sitio donde reclinar la cabeza. (Poco después, cuando lo veamos dormido en la barca, esta idea quedará perfectamente plasmada). El segundo episodio nos recuerda su desprendimiento absoluto con respecto a la familia. Nuestra visión tan estereotipada del Evangelio nos hace pensar que la familia de Jesús la formaban sólo sus padres, María y José, éste ya muerto probablemente por entonces. Sin embargo, la familia de Jesús era más amplia. El evangelio habla de una tía materna suya, María la de Cleofás, y menciona a «sus hermanos». Aunque interpretemos este término como «primos hermanos», formaban la familia de Jesús. Y con ella tuvo grandes enfrentamientos, como lo demuestra el que lo considerasen un loco (Mc 3,21) y no creyesen en él (Jn 7,5). Jesús, para realizar su misión, tuvo que considerar a su familia como muerta y formarse una nueva familia, la de quienes «cumplen la voluntad de mi Padre del cielo» (Mt 12,50). Por eso, estos dos relatos sobre el seguimiento son revelación de Jesús: el que no posee nada ni nadie.

## 2. Calma la tempestad (8,23-27)

Tras estos dos breves episodios montan en la barca con dirección a la otra orilla. Ocurre el famoso episodio de la tempestad calmada. Para comprender el enfoque de Mt es preciso compararlo con el relato de Mc (4,35-41). En éste, son los discípulos los que toman la iniciativa y suben a Jesús en la barca. Son gente entusiasta, pero con una visión humana de Jesús. Cuando ven muy mal las cosas lo que le dicen es: «Maestro, ¡que nos vamos a pique!» Ni siquiera imaginan que pueda salvarlos. Jesús, tras calmar el viento y el mar, les reprocha su falta de fe, y ellos terminan asustados y asombrados, preguntándose quién es Jesús. La escena es muy fácil de imaginar históricamente.

Mt no ofrece una reconstrucción histórica sino un relato teológico. Por eso, la iniciativa en este caso la toma Jesús, que es el primero en subir a la barca, y los discípulos lo siguen. En el momento de peligro, éstos no usan una expresión normal, sino una fórmula casi litúrgica: «Salva, Señor, que perecemos». No lo llaman «maestro», sino «Señor» (*kyrie*); y acuden a él convencidos de que puede salvar de la tormenta. Jesús, en medio del temporal, les dirige unas palabra de ánimo y de reproche, y da orden al viento y al mar de que se calmen. El milagro provoca la pregunta admirada: ¿quién es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?

Para comprender a fondo esta pregunta hay que tener presente el valor simbólico del mar en la mitología mesopotámica, que dejó su huella en el AT. Según el poema babilónico *Enuma Elis*, la creación la llevó a cabo el dios Marduk después de derrotar a las fuerzas del caos y del mal, simbolizados por

Tiamat (el mar). Después de esa batalla, el mar queda dominado, no puede pasar sus límites para seguir dañando a la tierra. Este mito deja su huella en el AT bajo la imagen del combate de Dios con el mar. Así lo reflejan, entre otros, estos dos pasajes. En el primero, Dios, hablando con Job, le demuestra su poder aludiendo al dominio sobre el mar:

«¿Quién cerró el mar con una puerta  
cuando salía impetuoso del seno materno, (...)  
cuando le impuso un límite con puertas y cerrojos,  
y le dije: «Hasta aquí llegarás y no pasarás;  
aquí se romperá la arrogancia de tus olas»? (Job 38,8-11)

En el segundo, un poeta exalta el poder de Dios aludiendo a su señorío sobre los ríos y el mar embravecido:

«Levantán los ríos, Señor, levantan los ríos su voz,  
levantan los ríos su fragor;  
pero más que la voz de las aguas caudalosas,  
más potente que el oleaje del mar,  
más potente en el cielo es el Señor» (Sal 93,3).

Por consiguiente, la autoridad sobre el mar plantea el problema de la identidad de Jesús. Si en el Antiguo Testamento sólo Dios tiene ese poder, ¿quién es éste, con una autoridad semejante?

Estas ideas iluminan el pasaje, pero no lo aclaran por completo. En el relato ocupan también un puesto capital los vientos; por dos veces se los menciona, incluso antes que el mar. Esto nos lleva a otro episodio del Antiguo Testamento: el paso del Mar de las Cañas. La imagen que tenemos de este episodio no incluye la tormenta. Las aguas se dividen tranquilamente para dejar paso al pueblo conducido por Moisés. Sin embargo, poetas posteriores presentaron este acontecimiento en una escenografía mucho más barroca. El Salmo 76 cuenta así el antiguo prodigio:

«Te vio el mar, oh Dios, te vio el mar y tembló,  
las olas se estremecieron;  
las nubes descargaban sus aguas, retumbaban los nubarrones,  
tus saetas zizagueaban;  
rodaba el estruendo de tu trueno,  
los relámpagos deslumbraban el orbe,  
la tierra retembló estremecida:  
tú te abriste camino por las aguas,  
un vado por las aguas caudalosas,  
y no quedaba rastro de tus huellas;  
mientras guiabas a tu pueblo como a un rebaño,

por la mano de Moisés y de Aarón» (Sal 76,17-21).

La escena se parece mucho más a la versión del evangelio. El Dios que salva a su pueblo de la tormenta por medio de Moisés y de Aarón se transforma ahora en Jesús, que salva a sus discípulos de la tormenta. Y encontramos de nuevo la superioridad absoluta de Jesús sobre Moisés. En el texto del Salmo, el protagonista es Dios; ante él tiembla el mar; es él quien abre camino y guía al pueblo; Moisés es mero instrumento humano, mencionado sólo al final. En el evangelio, Dios no aparece para nada. Es Jesús quien lo domina todo.

Con esta perspectiva se ilumina un detalle aparentemente extraño. En el v.27, al hablar de los discípulos Mt los llama «aquellos hombres» (detalle exclusivo suyo, que falta en Mc y Lc). ¿Qué quiere indicar con esta expresión tan fuera de lo habitual? En mi opinión, la distancia absoluta entre Jesús y los discípulos. Aunque estén en la misma barca, pertenecen a dos ámbitos distintos. Los discípulos son unos pobres hombres. Jesús se encuentra al nivel de Dios.

Finalmente, el pasaje ha sido considerado desde antiguo como símbolo de la situación de la iglesia en momentos de peligro. Aunque su Señor parece dormido, siempre debe confiar en su ayuda.

### 3. Los endemoniados gadarenos (8,28-34)

La pregunta: ¿quién es éste?, formulada en el episodio anterior, ha quedado sin respuesta. Pero va a encontrarla ahora, por parte de quien menos se podría esperar.

De nuevo es interesante comparar con el relato de Mc 5,1-20 para ver cómo Mt se centra en los rasgos esenciales, renunciando a lo anecdótico. Mc describe con detalle y dramatismo al único endemoniado. Jesús habla con el demonio, éste suplica, regatea. Al final describe la situación del enfermo ya curado, que se convierte en el primer misionero de la Decápolis. Mc presenta una región pagana (cementerio, espíritu inmundo, cerdos) liberada por la presencia de Jesús, en la que comienza a extenderse el evangelio. La figura humana del enfermo es esencial desde el comienzo hasta el fin de la escena.

Mt convierte al enfermo en dos enfermos (cosa frecuente en él), omite la descripción detallada y el diálogo del demonio con Jesús, y al final no dice nada de los enfermos (detalle muy raro en un relato de curación). Parece como si Mt quisiese anular el milagro de Mc y transformarlo en un relato estilizado, simbólico, del poder de Jesús sobre los demonios, que sólo pueden reconocer quién es él y suplicarle que les permita entrar en una piara. La figura de Jesús resulta hierática y soberana, como en el episodio anterior de la tempestad. Le falta esa agradable ingenuidad de Mc.

El título que los demonios dan a Jesús, «Hijo de Dios», no tiene aquí el sentido posterior del Concilio de Calcedonia. Pero deja claro que Jesús es un personaje excepcional, en relación estrecha con Dios, que le permite actuar con autoridad soberana. Por eso actúa de forma sorprendente *aquí y ahora*. Es lo que indican las importantes palabras «¿Has venido aquí a atormentarnos antes de tiempo?» (v.29). Los demonios parecen compartir la idea de que al final serán derrotados. Pero *al final*. Lo grave es que ese final se ha anticipado con la presencia de Jesús, e incluso se anticipa en territorio pagano (*aquí*).

El final del relato nos desconcierta. Mt, al omitir la actividad misionera del que estuvo endemoniado (Mc 5,18-20), parece indicar que todo termina en un fracaso: los gadarenos le ruegan que abandone su país. ¿Qué pudo mover a Mt a omitir el final de Mc? En el contexto de su evangelio, la respuesta más probable es ésta: Mc concibe el relato como el comienzo de la expansión misionera en tierra pagana. Sin embargo, Mt quiere dejar claro que Jesús, aunque pisó tierra pagana, y la purificó, se dedicó por completo a «las ovejas descarriadas de la casa de Israel», igual que deberán hacer más tarde los discípulos (Mt 10,5-6). Ante el posible reproche de que Jesús y la comunidad cristiana no prestaron atención a los judíos, que se volcaron en los paganos desde el primer momento, quizá como una escapatoria fácil, Mt subraya la dedicación plena de Jesús a su pueblo. Por eso omite la referencia a una actividad misionera fuera de Israel.

Esta interpretación, que parece la más exacta, no elimina otra posible, y muy interesante. Quizá no estuviese en la mente de Mt, pero la sugiere el texto. El relato parece decirnos: aunque los habitantes de esa región no hayan aceptado a Jesús, él la ha purificado (expulsando los demonios y haciendo que desaparezcan los cerdos, animales inmundos). La salvación del Mesías, la salvación de Dios, se extiende incluso a las regiones que no lo conocen ni lo aceptan. Es como si en torno a Jesús se formasen tres círculos concéntricos: el de los discípulos, que lo acompañan y continúan su actividad misionera; el de la comunidad cristiana, que intenta vivir su ideal de vida; la inmensa multitud de los que no conocen a Jesús e incluso de los que no quieren conocerlo. Nuestra tendencia espontánea es pensar que Jesús sólo ha triunfado en los dos primeros ámbitos. Este episodio nos indica que su salvación se extiende también al tercero. No se trata de una interpretación moderna, ecuménica. Cuando Mt nos hable de la levadura que fermenta la masa, del árbol de mostaza en cuyas ramas se acogen los pájaros del cielo, estará expresando ese efecto benéfico de la presencia de Jesús incluso más allá de los límites de su comunidad.

En resumen, este bloque central ofrece una imagen misteriosa de Jesús. Comienza marcando distancia frente a los discípulos que quieren seguirlo. Se

distancia también de los discípulos en la barca, que lo ven como alguien totalmente distinto. Termina siendo rechazado por los gadarenos. Los aspectos de suma pobreza, soledad plena, y soberanía absoluta constituyen un complemento importante a la imagen del Jesús cercano a los enfermos, que «carga con nuestras enfermedades».

### III. Milagros y enfrentamientos «en su ciudad» (9,1-34)

El tercer bloque contiene episodios muy distintos situados por Mt «en su ciudad» (Cafarnaún). Las dos primeras escenas se desarrollan en la calle (paralítico y vocación de Mateo), las dos siguientes durante el banquete organizado por Mateo (discusión con los fariseos y los discípulos de Juan); allí también le piden que resucite a una niña y, de camino, sana a la hemorroisa. El bloque termina con la curación de dos ciegos y un mudo, que deja en el aire el problema del poder de Jesús: ¿un santo o un endemoniado?

#### 1. Curación de un paralítico (9,2-8)

Eliminando, como es habitual, los elementos tan vivos de Mc 2,2-12, cuenta Mt este milagro que da paso al primer conflicto con uno de los grupos dominantes, los escribas. Todo arranca de la presentación de un paralítico, llevado ante Jesús por unas personas. Jesús advierte su fe; pero, en vez de curarlo inmediatamente, provoca la polémica con sus palabras. Para ello, recoge dos elementos de la mentalidad popular: 1) la enfermedad es consecuencia del pecado; 2) el pecado sólo puede perdonarlo Dios. En contra de lo que Jesús dice en otros casos, aquí acepta lo primero para negar lo segundo, provocando el escándalo.

La reacción de los escribas resulta extraña a primera vista. ¿Por qué se escandalizan y acusan a Jesús de blasfemo? En tiempos de Jesús se consideraba blasfemo al que pronunciaba expresamente el nombre de Dios. Pero algunos pensaban que era también blasfemo quien se atribuía poderes que sólo competen a Dios, como el perdón de los pecados. En la mentalidad del AT, sólo Dios puede perdonar, aunque comunica su perdón a través de un profeta. Por ejemplo, después del adulterio de David con Betsabé y del asesinato de Urías, el profeta Natán le comunica: «El Señor ha perdonado ya tu pecado, no morirás» (2 Sam 12,14). También Juan Bautista bautizaba para que se perdonasen los pecados. ¿Qué hay de diferente en la postura de Jesús? ¿No actúa como un profeta que comunica al paralítico el perdón?

Sin embargo, los escribas captan el auténtico sentido de las palabras de Jesús. El no se limita a comunicar algo que sabe, sino que perdona en virtud de un

poder propio. Y el argumento que utiliza es de un pragmatismo terrible. ¿Qué es más fácil, decir una cosa o decir otra?

El relato termina con una constatación muy importante, exclusiva de Mt: la gente da gloria a Dios porque ese poder lo tienen «los hombres». Parece tratarse de una referencia al perdón dentro de la comunidad cristiana.

## 2. Vocación de Mateo (9,9-13)

Este relato empalma de dos maneras muy distintas con el contexto. Por una parte, continúa la línea del seguimiento de Jesús, con la diferencia de que, en este caso, es él quien llama, no el hombre quien se ofrece. Por otra parte, Mateo, el cobrador de impuestos, y sus amigos, recaudadores y descreídos, entran muy bien en la serie de los enfermos; el mismo Jesús lo indica al final. Para algunos no sólo estarían enfermos, sino muertos.

La elección de la persona por parte de Jesús es provocadora. No sólo puede molestar a «los de derecha» sino también, y mucho más, a «los de izquierda». El recaudador es un opresor del pueblo, se gana la vida cobrando más de lo permitido. Por eso, es también escandaloso que Jesús coma con ellos y con otras personas que nunca demuestran el menor interés religioso<sup>4</sup>. En el evangelio de Lc, el episodio de Zaqueo refleja el escándalo de los de izquierda. Aquí, en Mt, los que se escandalizan son los fariseos. Y su pregunta le da pie a Jesús para exponer uno de los aspectos esenciales de su misión: qué personas le interesan (los enfermos = pecadores) y por qué: lo más importante para Dios es el amor, no la beatería y las prácticas religiosas (texto de Oseas).

## 3. Pregunta sobre el ayuno (9,14-17)

Aprovechando el momento del banquete, sitúa Mt esta pregunta de los discípulos de Juan Bautista: ¿Por qué tus discípulos no ayunan? Todo parte de una constatación que extraña dentro de un grupo religioso: Jesús no inculca en sus discípulos unas prácticas ascéticas, y ellos no tienen el menor interés en practicarlas. Igual ocurre con la oración; los discípulos parecen rezar poco, pero Jesús no los agobia con este tema, serán ellos los que tengan que pedirle que les enseñe a rezar.

Este dato contrasta con la práctica de los grupos piadosos: fariseos y discípulos de Juan. Los que se presentan no parecen escandalizados, sino

---

<sup>4</sup> En la *Regla de la Comunidad* de Qumrán, la comida con pecadores está expresamente prohibida: "Que nadie coma de ninguno de sus bienes, ni beba, ni tome nada de sus manos" (1QS col. V, 16).

intrigados. Por eso, la respuesta de Jesús no tiene el carácter agresivo de los casos anteriores. Quiere enseñar pedagógicamente. Pero Mt (igual que Mc) usa dos argumentos muy distintos y con enfoques muy diversos.

El primer argumento es cristológico y temporal. Probablemente no es el que usó Jesús, sino creación de la comunidad primitiva, que, al mismo tiempo, presenta a Jesús como el novio. Este argumento tiene la ventaja de que justifica el que los discípulos no ayunen y, al mismo tiempo, la práctica posterior de la iglesia, donde la comunidad ayuna. Resulta un tanto sospechoso en boca de Jesús.

El segundo argumento, que parece menos profundo, es en realidad muy teológico: significa que con Jesús comienza una época nueva, en la que no son posibles las componendas. Lo que vienen a decir las imágenes del paño nuevo y el paño viejo, del vino nuevo y los odres viejos, es que lo nuevo y lo viejo son incompatibles. La tendencia innata en materia religiosa es conservar lo anterior, salvar todo lo salvable, todo lo bueno. Jesús no piensa así. Una vivencia nueva de Dios deberá adoptar formas nuevas de expresión. ¿Cuáles? Todavía no se sabe. Desde luego, no las antiguas. En realidad, un conocedor del AT sabe que eso mismo lo había dicho ya un profeta seis siglos antes. La nueva forma de ayuno que Dios quiere es la caridad, la preocupación por el hambriento, el desnudo, el encarcelado, el perseguido (Is 58,1-12).

#### **4. La hija del personaje y la hemorroisa (9,18-26)**

En comparación con Mc, Mt vuelve a lo esencial, reduciendo el relato a la mitad (suprime datos sobre Jairo, diálogo con motivo de la hemorroisa, detalles finales, etc.). El aspecto de la fe del padre queda mucho más marcado en este caso, ya que se concede a Jesús la capacidad de devolver la vida por su propio poder («aplícale tú la mano»), cosa que no se hubiera dicho de Elías o Eliseo.

De hecho resulta muy interesante recordar las dos resurrecciones que se cuentan de estos profetas, para comprender el poder infinitamente mayor de Jesús. El relato de Elías dice que «cogiéndolo (al niño) se lo llevó a la habitación de arriba, donde él dormía, y lo acostó en la cama. Después clamó al Señor: ¡Señor, Dios mío, ¿también a esta viuda que me hospeda en su casa la vas a castigar haciéndole morir al hijo? Luego se echó tres veces sobre el niño, clamando al Señor: ¡Señor, Dios mío, que resucite este niño! El Señor escuchó la súplica de Elías, volvió la vida al niño y resucitó» (1 Re 17,19-22). Para llevar a cabo el milagro, Elías tiene que suplicar a Dios y que realizar por tres veces una compleja acción.

En el caso de Eliseo, la oración sólo se menciona al comienzo, mientras se cuenta con detalle el complicado ritual: «Entró, cerró la puerta y oró al Señor.

Luego subió a la cama y se echó sobre el niño, boca con boca, ojos con ojos, manos con manos, encogido sobre él; la carne del niño fue entrando en calor. Entonces Eliseo se puso a pasear por la habitación, de acá para allá; subió de nuevo a la cama y se encogió sobre el niño, y así hasta siete veces; el niño estornudó y abrió los ojos» (2 Re 4,33-36).

En ambos casos, sobre todo en el segundo, parece como si el mismo narrador dudase de que el niño hubiese muerto realmente. Casi sugiere un sopor profundo, del que es arrancado calentando el cuerpo. En el caso de Jesús, el evangelista no quiere dejar la menor duda de la muerte. Aquí es donde cumple una importante función el v. 24. Cuando Jesús dice que «la niña no está muerta, sino dormida» todos se ríen de él. Quien interprete esta risa como una burla sobre Jesús, y las muchas incomprendiones que debió sufrir, se equivoca plenamente. La risa pretende demostrar el convencimiento de la gente de que la niña realmente está muerta. Jesús podrá disimular su milagro restándole importancia, pero el lector debe hacer caso a los presentes, compartir su opinión, y llegar al convencimiento de que, diga lo que diga Jesús, ha resucitado a la niña. Y lo ha hecho de la forma más sencilla, con sólo cogerla de la mano, sin necesidad de invocar a Dios ni llevar a cabo acciones muy complejas. El poder de Jesús es infinitamente superior al de Elías y Eliseo. Es el poder de Dios.

En línea parecida, la hemorroisa piensa que «con sólo tocarle el manto, me curaré». Las palabras que Jesús le dirige refuerzan una vez más la importancia capital de la fe. Tanto el personaje importante como la hemorroisa son dos ejemplos capitales para el cristiano de confianza en el poder sobrenatural de Jesús.

### 5. Dos ciegos (9,27-31)

Relato exclusivo de Mt, lo que demuestra que es muy importante. En los casos anteriores, la persona que pide ayuda es escuchada inmediatamente por Jesús. En este caso, no. Los ciegos lo siguen por el camino, pidiéndole a gritos que los cure, sin que él les dirija la palabra. Sólo al final, en la casa, les habla y los cura. Para Mt se trata sin duda de personajes simbólicos, con los que debemos identificarnos cada uno de nosotros. Los ciegos son los lectores del evangelio, los que han escuchado todos los relatos precedentes. Igual que los discípulos, se han ido preguntando: ¿quién será éste que hasta el viento y el agua le obedecen? (8,27). ¿Quién es éste que tiene poder para perdonar pecados, curar enfermedades, expulsar demonios, resucitar muertos? ¿Cómo es posible que alguien tan poderoso se rebaje a tocar a un leproso, a comer con recaudadores y descreídos? Ante estas preguntas, el hombre se siente desconcertado, no consigue ver con claridad, necesita que se le abran los ojos. Este relato se comprenderá del todo cuando lleguemos a Mt 20,29-34.



### **6. El mudo (9,32-34)**

La importancia de este milagro es doble. Cierra el número de diez y deja en el aire un problema. ¿De dónde procede el poder con que Jesús realiza sus milagros? ¿De Dios, o de Satanás?

Este bloque es el más dramático, porque las obras de Jesús provocan la crítica, el desconcierto e incluso el rechazo blasfemo de su persona.

### **Resumen final (9,35)**

Se recoge lo dicho en 4,23, y que ha quedado expuesto a lo largo del Sermón del Monte y de los diez milagros: el poder de Jesús en sus obras y sus palabras.

Pero Mt usa el sumario en este caso para preparar el tema siguiente: la misión de los apóstoles. La visión de la gente le produce una sensación de pena. Su enseñanza y sus milagros no bastan para una multitud tan grande, que, usando una imagen bíblica frecuente, es «como un rebaño sin pastor». La mies es mucha y los trabajadores pocos. Por eso pide a sus discípulos que rueguen al Señor de la mies que envíe operarios. Esto dará paso al tema expuesto en el capítulo 10.

**José Luis Sicre**